

DE HACER PAN EN CASA A VENDERLO EN LA CALLE: LA PRESENCIA DE MUJERES EN EL ÁGORA (SS. V-IV A.C.)

FROM MAKING BREAD AT HOME TO SELLING IT ON THE STREETS: FEMALE BREAD-SELLERS IN THE AGORA (5th to 4th CENTURY B.C.)

Irene CISNEROS ABELLÁN¹
Universidad de Zaragoza

Recibido el 6 de septiembre de 2015.
Evaluado el 2 de febrero de 2016.

RESUMEN:

Dentro de la mentalidad griega, la preparación de alimentos era trabajo esencialmente femenino, mientras que la venta de productos en el ágora era una actividad principalmente masculina. Sin embargo, a lo largo del siglo V y IV a.C. se constata la cada vez más habitual presencia de mujeres en el ágora como vendedoras, destacándose entre ellas “las panaderas” o “vendedoras de pan” (*artopolides*). El objetivo de este artículo es discernir qué perfil tenían estas vendedoras, por qué vendían pan y no cualquier otro producto, qué caracterizaba a este tipo de negocio y quiénes eran sus principales clientes. Todo para, finalmente, determinar si la presencia de estas mujeres en el ágora suponía o no una ruptura del ideal femenino ateniense.

ABSTRACT:

In Ancient Greece, food preparation was typically a task for women, whereas the selling of products in the agora was essentially a work for men. However, during the 5th and 4th century B.C. women's presence in the agora as sellers became more and more usual, especially bread-makers and bread-sellers (*artopolides*). This paper intends to establish who were these female sellers, why they chose to sell bread (and not any other product), what were this business main traits and who were their clients. Considering all these facts, my final intention is to determine whether the female presence in the agora implied a breaking point in the Athenian female ideal or not.

PALABRAS CLAVE: Atenas, pan, mujeres, vendedoras, panaderas, *artopolis*

KEYWORDS: Athens, bread, women, female-sellers, *artopolis*

I. Introducción

I.1 Ideal de mujer griega

En el *Económico*, Jenofonte pone en valor el trabajo doméstico femenino señalando que la mujer teje la indumentaria de los miembros del hogar, produce y cría a los hijos²,

¹ Becaria DGA de la Universidad de Zaragoza, adscrita al grupo de investigación Hiberus; email de contacto: icisnerosabellan@gmail.com

² X. Oec. VII, 21. Iscómaco asocia estas actividades a la necesidad de la existencia de un “techo”, “refugio”, es decir, a que estas labores se desarrollen dentro de casa.

mantiene la casa limpia y en orden, dirige a sus esclavos³, y se encarga de gestionar los bienes que el hombre entra en casa⁴. Los alimentos constituían la parte esencial de esa gestión porque las mujeres no solo preparaban cada día la comida para alimentar a los miembros del hogar, sino que su tarea también incluía la conservación de los alimentos excedentarios en adobes, salazones, tortas secas, etc. para su posterior consumo⁵.

Dentro del imaginario griego antiguo, las dos representaciones de mujer más habituales y abundantes son la de la tejedora y la de la panificadora⁶. Ambas tareas parecen condensar con más fuerza lo que consideraban la “naturaleza femenina”. No es de extrañar que estas dos actividades tuvieran como representantes a dos de las diosas más respetadas del panteón olímpico, Atenea en el tejido, Démeter en el tratamiento de cereales⁷.

Junto con la eficiencia y dedicación a sus labores domésticas⁸, la perfecta mujer griega llevaba aparejada una serie de virtudes tales como la prudencia, la sensatez, la templanza, la modestia y, en definitiva, el autocontrol⁹. Era deseable además que fuera invisible a los ojos de los extraños y que los hombres no hablaran nunca de ella. Por este motivo, lo ideal era que no salieran de casa, reduciendo así las oportunidades de conocer hombres fuera de su círculo familiar¹⁰.

1.2. Conciliación del ideal con la realidad: parámetros claves

En general la realidad solía imponerse a estos ideales, lo que no significa una ruptura de los mismos sino un “reajuste”. Entender el funcionamiento de estos reajustes es esencial para que comprendamos el nivel de fractura que pudo suponer la presencia de las mujeres en el ágora, y más concretamente, la presencia de las vendedoras de pan.

El primer parámetro que deberemos concretar será el grado de movilidad que tenían las mujeres fuera de casa, porque tenemos constancia de que ese movimiento existía y no con un carácter excepcional. Esto era así porque al trasladarse el ideal de reclusión femenina a la realidad, se convertía más bien en un ideal de segregación sexual, donde hombres y mujeres tenían sus propias redes sociales y se movían por ellas paralelamente sin confluir. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que las mujeres tuvieran tanta libertad de

³ Los esclavos asistían en las tareas domésticas, especialmente las que suponían un mayor esfuerzo físico (molienda de cereales, ir a la fuente y cargar con el agua, etc.). En las familias pobres sin esclavos domésticos, las mujeres eran las responsables de llevar por sí solas todas las actividades (Blundell 1995, 141). Sobre qué proporción de familias griegas podían permitirse el mantener esclavos y hasta qué número, trataremos la cuestión en más profundidad en el apartado III.2.

⁴ El dinero llega a casa mediante el trabajo del hombre y se administra por la mujer (X. Oec. III, 15). También referenciado en Aristófanes (Ar. Lys. 494-495 y Ar. Ec. 210-212). La importancia de la administración de bienes y el desglose de las tareas asociadas en X. Oec. VII, 35-36.

⁵ Jenofonte considera que la preparación y conservación de alimentos es la aportación fundamental de la mujer en la agricultura (X. Oec. VII, 20-22). Considero que casi todas estas tareas también las desempeñaban las mujeres en la ciudad, con la diferencia de que los alimentos que suministraba el hombre de la casa los solía obtener del mercado, no de sus propias tierras o del trueque de productos con los vecinos campesinos.

⁶ Cantarella 1991, 33.

⁷ Los dioses de la tierra de los agricultores (como Démeter) son más respetables que los dioses de los artesanos (Hefesto) (Vanhaegendoren 2007, 12).

⁸ Es interesante comprobar que a las mujeres se les ponía en valor una virtud que no solía apreciarse en los hombres: la dedicación al trabajo. Mientras que un hombre trabajador no tenía por qué ser considerado virtuoso ya que su trabajo nacía de la necesidad, la mujer laboriosa entregada a sus tareas era percibida muy positivamente (Mirón Pérez 2005, 94). En mi opinión, el que una mujer fuera de utilidad se considerase una virtud poco frecuente iba muy ligado a la percepción arrastrada desde el arcaísmo, presente en *Trabajos y días* de Hesíodo y el *Yambo de las mujeres* de Semónides, de que las mujeres constituían una carga inútil más que una ayuda en la casa.

⁹ Todas estas cualidades constituyen la traducción aproximada del término *sophrosýne* desarrollada por Mirón Pérez (2005, 87) que destaca la acepción de “autocontrol” sobre las demás. La razón se hace evidente cuando vemos que la mujer excesivamente virtuosa corría el riesgo de volverse arrogante y caer en la *hýbris* (Mirón Pérez 2005, 92).

¹⁰ Cantarella 1991, 65.

movimiento como los hombres, pero desde luego sí disponían de mucho más margen de maniobra del que algunos investigadores les han concedido¹¹.

En mi opinión, David Cohen da con la clave al señalar que la movilidad de las mujeres en la Atenas clásica venía condicionada, sobre todo, por que tuvieran un propósito legítimo para salir de casa¹². Ese propósito legítimo a los ojos de su comunidad explica que las mujeres fueran a la fuente pública a por agua, a lavar, se prestaran utensilios de cocina, se intercambiaban alimentos, visitaran a sus amigas o comieran con ellas, y asistieran a amigas, familiares o vecinas en el parto, etc.¹³

El segundo parámetro que he considerado, está ligado al tiempo dedicado a los cuidados del hogar. Si los deberes principales de las mujeres griegas eran las labores domésticas, y tenemos constancia de la existencia de mujeres que trabajaban en diferentes campos (comadronas, artesanas, vendedoras al por menor...)¹⁴, ¿cómo conciliaban el estar fuera de casa con sus deberes del hogar?

Gillian Clark ya puso de manifiesto que en la Antigüedad como en la actualidad, el trabajo doméstico se expandía hasta ocupar todo el tiempo disponible¹⁵. Por eso realmente nunca se termina de hacer la casa, es algo que experimentan las personas dedicadas a tiempo completo a las labores del hogar¹⁶. A esta idea, sin embargo, también se le puede dar la vuelta: si además de ocuparse del hogar ellas tenían otra ocupación para traer dinero a la familia, sus labores domésticas se contraerían en un tiempo menor. La mujer no dejaría de hacerlas sino que les dedicaría menos tiempo¹⁷.

II. De hacer pan en casa...

La fabricación de pan como tema ya interesaba a los propios autores antiguos, tanto griegos como romanos. Este interés no solo queda reflejado en las fuentes literarias, sino que también disponemos de numerosas estatuillas beocias, las famosas tanagras¹⁸, muchas de las cuales representan mujeres en alguna de las fases de elaboración de pan. Siguiendo

¹¹ Una excelente síntesis de las principales posturas en el estado de la cuestión: Pomeroy 1987, 74-75.

¹² Cohen 1989, 11-12. El autor se vale de los estudios de antropología social de J. Williams realizados sobre la mujer en un pueblo libanés de los años ochenta. Si bien difiere en algunas apreciaciones de Cohen sobre los rasgos culturales especiales de las "sociedades mediterráneas", su análisis del "propósito legítimo" me ha permitido establecer un parámetro de análisis sólido.

¹³ Situación de parto de una amiga (Ar. Ec. 528-529), ir a por agua (Ar. Lys. 326-327), invitada a comer en casa de una amiga (Ar. Ec. 348-349), mujeres que se prestan vestidos, joyas, dinero, copas... a solas y sin testigos (Ar. Ec. 446-450).

¹⁴ Algunos ejemplos en defixiones: Gager (1999), nº63: Ártemis, mujer del fabricante de cascos y doradora (datada entre segunda mitad s. IV y s. II a.C.). López Jimeno (2001) nº12, datada en el s. III a.C.: Tea, hija de Onomacles, curtidora de cuero. Gager nº60 (s. III a.C.): Eufrosine, tejedora de redes. López Jimeno nº46 (s. III a.C.): Jenódica, la mujer del curtidor. La constante mención no solo de hombres y su oficio junto con el nombre de sus mujeres (pero sin su oficio), me hace suponer que cuando esto sucedía era porque las mujeres estaban implicadas en el negocio del marido, que habían tenido que aprender para colaborar en la economía familiar.

¹⁵ "Housework expands to fill the time available" (Clark 1989, 15).

¹⁶ Ar. Lys. 15-19: "Pero llegarán, queridísima amiga. A las mujeres les es difícil salir de casa. Una está cuidando del marido, otra despierta al siervo, esta acuesta al niño, aquella lo lava, la otra le da de comer a bocaditos" (trad. Luis Gil Fernández, BCG).

¹⁷ Clark (1989, 19) considera además que la reclusión femenina ateniense debió de estar limitada en el tiempo, en el espacio y en el nivel social alto tanto como lo fueron los ideales victorianos en la Inglaterra del s. XIX.

¹⁸ El barro y la arcilla son materiales artesanos baratos y fáciles de conseguir. Además, como una vez cocidos son casi imposibles de destruir (Sparkes 1998, 228) se han podido conservar un gran número de figurillas. Este hecho es importante porque generalmente las figuritas o materiales votivos que llegan a nosotros son de metales duraderos que suponen que la persona que los ha adquirido tiene cierto nivel adquisitivo. Las tanagras nos muestran un aspecto de la vida cotidiana de la clase baja. De los primeros catálogos temáticos de las tanagras fue el realizado por Franz Winters (1903) donde destaco las figurillas: TK 33, 9; TK 34, 2-5; TK 34, 9; TK 35, 10-12.

la clasificación de M^a Dolores Mirón, las fases principales se pueden sintetizar en las cuatro siguientes¹⁹:

II.1 Molienda

En el Mediterráneo antiguo, la técnica de preparación de cereales comenzaba con la reducción del cereal a harina. Esto se llevaba a cabo o bien moliendo el grano con un molino de mano (*mylon*), o bien utilizando un mortero²⁰, *holmos*. Claro que ciertos tipos de cereal muy duros como el farro, la cebada o el trigo, eran muy difíciles de moler sin el paso previo del macerado, es decir, el separar el grano de la capa externa que lo envolvía (glumilla)²¹.

En las familias campesinas, el grano procedía de los cultivos de sus tierras²². En el caso de las familias “urbanas” sin tierras, podemos suponer que el grano se compraba a través de intermediarios que previamente lo habían adquirido, bien de un productor de la zona, bien de un comerciante marítimo.

Moler era costoso y llevaba su tiempo, por lo que no nos sorprende el comentario de que las mujeres solían cantar para entretenerse²³, algo que hacían con frecuencia en tareas largas, como por ejemplo, al tejer. Claro que, si tejer era un trabajo laborioso pero gratificante, moler constituía todo un suplicio. La molienda era tan dura físicamente, que en las familias acomodadas se solía delegar esta faena en los esclavos, a veces como castigo por mal comportamiento. No obstante, originalmente la tarea estaba vinculada a las mujeres, lo que explica que en el ámbito religioso se denominase *aletrís* o “molinería” a las jóvenes que preparaban las tortas especiales a la diosa Démeter²⁴.

II.2 Colación

La harina resultante de la molienda estaba sujeta a las limitaciones impuestas por el instrumental utilizado. Era inevitable que junto al polvo fino aparecieran trozos más gruesos de cereal que no había podido ser totalmente reducido. Por este motivo, se necesitaba colar la harina con un cedazo o harnero a fin de obtener la finura mínima para poder amasar²⁵.

Tenemos constancia en las fuentes tanto de molineros²⁶ como de comerciantes de harina²⁷, por lo que se deduce que algunas familias adquirirían directamente la harina ya pasada por mortero y colada. Es posible que las familias que vivían en la ciudad y que eran de estrato más modesto (sin esclavos, a veces sin el propio mortero con el que moler) serían las principales adquisidoras de esa harina preparada. De hecho, para Peinado, con la mayor presencia de los molinos y de las “panaderías” en las ciudades, los morteros irían poco a poco perdiendo esa función originaria de preparación de cereal mientras mantendrían otros usos²⁸.

II.3 Amasado

Para el amasado, las mujeres se valían de la consabida artesa, *maktra*, que podía estar hecha de madera o cerámica. Durante el amasado generalmente se le añadía

¹⁹ Mirón Pérez 2007, 274.

²⁰ Agradezco las indicaciones de Carmen María Sánchez Moral en la orientación de esta materia.

²¹ Peinado Espinosa 2011, 285.

²² Y una de las competencias de las mujeres de los agricultores era asegurarse de que el grano seco se conservase bien para que no se pudriera y se pudiera consumir en el futuro (X. Oec. VII, 36). Por este motivo, los cuartos más secos de la casa eran destinados al almacenaje de trigo (X. Oec. IX, 3-4).

²³ Ar. *Nub.* 1357-1358: “...y cantar como las mujeres al moler la cebada...” (trad. Luis Gil Fernández, BCG).

²⁴ Vínculo esto con otras labores religiosas como la preparación del velo de Atenea en las Panateneas, o la costumbre de ir a la fuente de los nueve caños a por agua para llevar a cabo los ritos matrimoniales de la novia. Ir a por agua a la fuente es otra labor que habría sido delegada a los esclavos (y esclavas) en las familias acomodadas, no siendo así, presumiblemente, en los hogares pobres.

²⁵ Mirón Pérez 2007, 274. Representación del colado de la harina en Winters (TK 34, 2-3).

²⁶ Defixio del s.III a.C. donde se maldice el negocio de Fileas el molinero (*mylothron*) (Gager 1999, nº68)

²⁷ Referencias de *alfitopoles* y *alfitopolis* en Herfst 1979, 42.

²⁸ Peinado Espinosa 2011, 285.

levadura (*dsume*), que ya se utilizaba en el mundo grecolatino, y se rociaba con un poco de agua y sal²⁹.

Si bien como actividad el amasado no era tan dura ni desagradecida como lo era la molienda de grano, amasar suponía una inversión de tiempo y esfuerzo considerable, hasta el punto que Jenofonte llegó a considerarlo un buen ejercicio físico para que las mujeres se mantuvieran sanas en casa³⁰. Aunque como apreciación era bienintencionada, Clark desmintió su veracidad al señalar que se utilizan muy pocos grupos de músculos como para que tengan algún efecto en la forma física de las mujeres³¹.

Resulta complicado identificar correctamente la representación del amasado en las estatuillas tanagras ya que se confunden fácilmente con las de la molienda. La clasificación en un grupo o en otro depende de la interpretación de la escena que haga cada investigador³².

II.4 Horneado

El último estadio de la elaboración de pan era el horneado del mismo. La masa preparada se encajaba dentro de un molde (*plathanon*, *artoptae*) o directamente se adhería a las paredes del horno (*ipnos*), que podía estar hecho de barro o metal³³. Sabemos qué forma y tamaño tenían los hornos gracias a las figuras tanagras³⁴, lo que permitió a Brian Sparkes identificar lo que parece ser la única representación que nos ha llegado en pintura cerámica de una mujer haciendo pan en un horno³⁵.

En el famoso yambo 7 de Semónides, también conocido como *El yambo de las mujeres*, el poeta arcaico compara cada tipo de mujer con un animal de acuerdo con su manera de ser. Con la excepción de la mujer-abeja, el único modelo positivo de mujer, todos los demás tipos son negativos y caracterizan a mujeres que han fallado en sus deberes por vicios propiamente femeninos³⁶. En el caso de la mujer-yegua (vv. 57-70), su fracaso viene dado por su pereza y vanidad: es vaga porque no muele el grano ni criba la harina (vv. 59-60) y por mantenerse limpia y guapa evita sentarse junto al horno y controlar la cocción de pan, como es su deber, a fin de evitar el hollín³⁷ (v. 61).

Claro que no todas las familias dispondrían de horno en el hogar. Esto supondría que el pan no tenía por qué ser horneado en casa sino que habría hornos públicos³⁸ (algo de lo que tenemos constancia en el mundo romano) o bien que el pan directamente se adquiría hecho, lo que justificaría la existencia de la venta de pan³⁹.

²⁹ Thurston Peck 1967, 1268.

³⁰ X. *Oec.* X, 11.

³¹ Clark 1989, 11.

³² La interpretación mayoritaria tiende a ver estas figuras como representaciones de la molienda. Sin embargo, las estatuillas citadas en la nota 16 también pueden verse como escenas de amasado.

³³ Clark 1989, 14.

³⁴ TK, 35, 10-12; 1966, 0328.22 British Museum (*circa* 500 a.C.)

³⁵ Pieza ática de figuras rojas, París, Louvre, G 476 (Sparkes 1981, 172-178). Según la interpretación de Sparkes, la pintura representa a la señora de la casa, asistida por dos esclavos, que está horneando las tartas que van a ser consumidas en el simposio de la escena anterior del vaso (p. 176).

³⁶ Dos ejemplos claros: el de la mujer-cerda (vv. 1-6) que tiene la casa sucia y desordenada, y el de la mujer-burra, que trabaja a regañadientes y solo porque la obligan (vv. 43-49). Dentro de este listado de mujeres animales parece que la mujer-tierra (vv. 21-26) y la mujer-mar (vv. 27-43) se salen de la temática animal y directamente caracterizan a las mujeres como fuerzas indómitas de la naturaleza. Estos dos modelos son especialmente interesantes porque la mujer-tierra parece conectar directamente con la idea hesiódica de la mujer como una carga para el hombre; mientras que la mujer-mar hace más hincapié en la variabilidad del humor femenino.

³⁷ Esto también nos hace recordar la escasa ventilación que tenían las casas griegas.

³⁸ Clark 1989, 14; Mirón Pérez 2007, 274-275.

³⁹ Herfst (1922, 29) vincula la carencia de esclavos a la necesidad de comprar pan en la panadería. Yo tiendo a ver que es la carencia de medios (la falta de mortero y/o de horno) lo que determinaba que se hiciera el pan en casa o se comprase ya hecho (ver apartado III.3).

III. ... a venderlo en la calle

III.1 La *artopolis* en las fuentes

En palabras de Hansen: carecemos no solo de las fuentes que se han perdido, sino también de las que nunca han existido⁴⁰. Y en general lo que nunca existió en la Atenas clásica fue un interés por los empleos de las mujeres, lo que explica la poca información que nos ha llegado. La excepción era, cómo no, la prostitución, el único empleo mayoritariamente femenino del que sí tenemos abundantes datos, precisamente porque sí interesaba, y mucho, a los autores antiguos⁴¹. Aún con todo, podemos decir que disponemos de bastantes referencias sobre la *artopolis*.

La raíz *-polis*, referida a “vendedora”, era un sufijo bastante habitual a la hora de referirse a los diferentes comerciantes al por menor⁴² que poblaban el ágora de Atenas entre los siglos V-IV a.C. El término del que actuaban de sufijo solía referirse al producto en cuestión que vendían, en el caso que nos concierne, *artos*, “pan”. Razonablemente también se traduce *artopolis* como “panadera”, ya que con toda probabilidad las mujeres que vendían pan lo habían fabricado ellas mismas. Sin embargo, he preferido mantener la traducción literal “vendedora de pan” porque no va inherentemente asociada a la idea de “panadería” y no descarta la venta ambulante⁴³.

En *Avispas* de Aristófanes, la vendedora de pan constituye todo un personaje secundario y es objeto de burlas⁴⁴. En *Ranas*, la caracterización de “vendedora de pan” es utilizado como insulto y en *Lisístrata* son convocadas junto con otras vendedoras y mujeres trabajadoras en forma de dos largos sintagmas⁴⁵. Además de Aristófanes, tenemos constancia de que otro poeta de comedia antigua, Hermipo, escribió una obra titulada *Artopolides* (Las vendedoras de pan).

También las vendedoras de pan están presentes en la epigrafía, si bien no con tanta frecuencia como sus correlativos masculinos. De esta búsqueda inicial, solo he podido encontrar la mención explícita de *artopolis* en dos objetos: una ofrenda votiva consistente en un pequeño escudo de bronce con una gorgoneion dedicada a Atenea, datada alrededor del 500 a.C. de una tal Frigia, vendedora de pan⁴⁶; y otra mención aún más concisa es el *artopolis* que figura en una inscripción ática⁴⁷.

III.2 El perfil de las vendedoras

El ágora era el centro de sociabilización masculina más importante en Atenas donde no solo se compraba y se vendía, sino que también tenía lugar la discusión política⁴⁸. No es de extrañar entonces que el mercado fuera una de las localizaciones públicas que se consideraban poco respetables para una mujer de bien, y que de la compra se encargase el hombre de la casa o sus esclavos⁴⁹. Y, sin embargo, en el ágora encontramos a las panaderas junto con otras vendedoras. Una presencia que debía de ser bastante habitual, o

⁴⁰ Hansen 2006: p.1 y ss., reitera constantemente esa idea a lo largo de su estudio.

⁴¹ Blundell 1995, 147.

⁴² El masculino es *-poles*. La raíz de ambas está relacionada con el verbo *poleo*, “vender” (LSJ, p.1560).

⁴³ Esta idea más desarrollada en el apartado II. 4.

⁴⁴ Ar. *Vesp.* 1388-1414.

⁴⁵ Ar. *Lys.* 457-458: “vendedoras de grano-y-de-legumbres-verduleras”, “vendedoras de ajos-posaderas-vendedoras de pan”.

⁴⁶ IG I3, 546. La descripción de la ofrenda de Ridgway (1987, 402).

⁴⁷ IGII(2) 11077.2 (Peek) = SEG 13:187.

⁴⁸ Ambas vertientes del ágora, la política y la económica, están presentes en los derivados que comparten la raíz: *agoranomikos* (que hace referencia al “tráfico del mercado”), *agoraomai* (reunirse en asamblea, debatir, conversar...). *Agorádsō* directamente y dependiendo del contexto puede significar tanto “estar en la plaza, frecuentarla” como “en el mercado, comprar” (LSJ, p. 13).

⁴⁹ Blundell (1995, 135) y Flacelière (1989, 93) consideran que las esclavas también irían a comprar. Clark (1989, 18) no parece incluirlas.

no se explicaría que en *Ranas* se diga, con intención de hacer reír al público con una referencia cotidiana, que “no es decoroso que los poetas se insulten como panaderas”⁵⁰.

El perfil de estas vendedoras venía marcado, principalmente, por su pobreza. La palabra griega que designa al pobre, *penes*, llevaba incluida en su raíz semántica la noción que se trataba de “aquel que tenía que trabajar diariamente para vivir”. Es decir: todo el mundo menos una minoría que podía vivir holgadamente sin ejercer un oficio porque vivía de sus rentas. Los griegos nunca concibieron una clase media con características propias. Como ya señaló Vincent Rosivach, pertenecer a uno de los dos grupos (al de los ricos o al de los pobres) no se debía tanto a una suma concreta de riqueza sino que se trataba de una cuestión de doble percepción: de cómo se autopercibía el individuo y de cómo lo percibían los demás, la sociedad en su conjunto⁵¹. Siguiendo este doble parámetro, podemos entender el argumento circular al que nos invita Aristóteles en *Política*: “(...) pues [en una democracia] ¿cómo es posible impedir que salgan las mujeres de los pobres?”⁵² que se completa más adelante con “(...) pues los pobres, por su falta de esclavos, se ven obligados a servirse de las mujeres y de los niños como servidores”⁵³. Así pues, no se puede impedir que las mujeres de los pobres salgan y trabajen porque son la única mano de obra disponible de sus familias. Si no, no serían pobres y no tendrían que salir a trabajar⁵⁴.

La carencia de esclavos parece ser un elemento significativo de pobreza. Aunque hay diversas opiniones en torno al número de esclavos que podía albergar cada familia o, directamente, hasta qué punto era normalizado que cada familia tuviera o no esclavos, parece que los investigadores coinciden en que no debían de ser muchos⁵⁵. Según las estimaciones de Hansen, el *oikos* medio constaría de cinco miembros⁵⁶, siendo el quinto miembro “las manos extras”. Esas “manos extras” podían ser familiares que se asentaban temporalmente en el *oikos* o un esclavo o esclava⁵⁷.

Teniendo en cuenta del reducido número de referencias a vendedoras en general (y de las de pan en particular), y que esas menciones apenas arrojan datos sobre el estatus de estas mujeres, no podemos más que especular sobre su perfil hipotético⁵⁸.

⁵⁰ Ar. *Ran.* 857-858 (trad. Luis Gil Fernández, BCG).

⁵¹ Rosivach 1991, 196-197

⁵² Arist., *Pol.*, IV, 15, 13 = 1300a (trad. M. García Valdés, BCG)

⁵³ Arist., *Pol.*, VI, 8, 23 = 1323a (trad. M. García Valdés, BCG)

⁵⁴ Los cálculos más modernos estiman que, en el 431 a.C. (justo antes de la guerra del Peloponeso), la cifra de ciudadanos atenienses rondaría entre los cincuenta y cinco y los sesenta mil (Sancho Rocher 2012, 182). De estos sesenta mil ciudadanos atenienses, es muy posible que de treinta a cuarenta mil carecieran de esclavos, es decir, de la mitad a dos tercios de ciudadanos eran pobres (siguiendo los criterios de “pobreza” que hemos establecido).

⁵⁵ Para Blundell (1995, 146), incluso entre los ciudadanos atenienses más ricos parece que era raro tener más de diez esclavos.

⁵⁶ Un promedio de cinco miembros por familia: los dos esposos, dos niños y una mano extra, generalmente un esclavo (Hansen 2006, 52-60). Los cálculos de Hansen contemplan las variaciones que sufriría el núcleo familiar en un lapso generacional de treinta años. Estas variaciones oscilarían de un mínimo de tres miembros a máximos de, a veces, siete personas (p. 60). Por eso establece la media en cinco, si bien Hansen considera que la media menos ajustada y más realista sería la de seis (pp. 52-53). Aunque Hansen tiene en cuenta la media de veces que posiblemente la mujer daba luz y la alta mortalidad infantil, me ha llamado la atención que no tenga en cuenta dos factores más: por un lado, la exposición de niños, de la que tenemos constancia en las fuentes, aunque sean particularmente ambiguas respecto al tema (Sancho Rocher 2012, 167-168); por otro, si bien tiene en cuenta que en momentos puntuales los hogares acogieran alguna familiar necesitada (tías, hermanas o hijas no casadas, viudas o divorciadas), me parece que no ha tenido en cuenta la variable que supone que algunas viudas volvieran a casarse.

⁵⁷ Hansen 2006, 52-60.

⁵⁸ Ni cuando tenemos los nombres de vendedoras es suficiente para determinar su estatus. Vlassopoulos (2010, 119) advierte de que, al contrario de lo que se suele asumir (o lo que nos transmite la ficción en las comedias), los etnónimos y los nombres extranjeros solo constituían un 16,5% de los nombres de los esclavos (que podría subir a un 29,3% sumándole los casos menos seguros). La mayoría de los esclavos llevaban nombres compuestos, cariñosos y teofóricos que podían coincidir con los nombres de los ciudadanos. En el caso de la comedia, los nombres de personaje (del mismo modo que la ropa y la máscara) servían para diferenciar a los

Empecemos planteando como hipótesis que un alto porcentaje de vendedoras fueran ciudadanas atenienses⁵⁹. Demóstenes dice que vilipendiar a un ciudadano o ciudadana por haber ejercido un trabajo en el ágora iba contra la ley⁶⁰, lo que nos indica que no era infrecuente que las mujeres de los atenienses llevaran a cabo actividades comerciales⁶¹. Con más razón sí, como hemos visto, la mayoría de los ciudadanos entraba dentro de lo que los propios griegos consideraban “pobres”.

Por otro lado, la mencionada inscripción votiva de la *artopolis* llamada Frigia nos invita a no olvidar a las metecas⁶² y a las libertas⁶³ como posibles vendedoras⁶⁴. Sí que personalmente descartaría a las esclavas. Si consideramos que el grueso de la población en Atenas trabajaba porque no tenía más remedio al no poseer esclavos, tiene sentido pensar que los ricos que tuvieran esclavos los utilizarían en algo más sustancial que en vender pan en el ágora, teniendo en cuenta que, hasta ahora, no tenemos nada que sustente una suerte de “industria” de pan como sí tenemos constancia en el caso romano a partir del s. II a.C.⁶⁵.

“La que sale de su casa debe hallarse en tal edad, que los que la encuentren pregunten no de quién es mujer, sino de quién es madre”, dice Hiperides⁶⁶, enfatizando que la edad de las mujeres *debería ser* un condicionante crucial para que pudieran moverse fuera de casa. Más que constatar una realidad, parece una queja por la situación existente. Me atrevería a decir que lo importante era el estado civil, que fueran mujeres casadas o viudas. La edad podía variar mucho (y más en Atenas, donde las casaban a temprana edad⁶⁷). Las niñas sin casar eran una inversión. Su casamiento podía verse afectado por una mala reputación. Una joven sin casar vendiendo en el ágora podía ser proclive a ser asociada con una prostituta, dado que “no era mujer de nadie”. Por este motivo, pienso que como inversión se intentaba que las niñas todavía no casadas permanecieran en casa⁶⁸.

personajes libres de los esclavos. Por este motivo se utilizan etnónimos (Siro, Carión, Frigia, Tracia...) y nombres extranjeros (Manes, Artímas...), lo que no es reflejo de la realidad (p. 124).

⁵⁹ Aunque el término “ciudadana” (*politís*) existe dentro del vocabulario griego y está presente en autores como Aristóteles (*Pol.* 1275b) y Demóstenes (LVII, 30), Claude Mossé desaconseja su utilización apoyándose en que, por un lado, la noción de “ciudadano” como tal es enteramente política (derechos y deberes políticos tales como participar en la Asamblea, asistir a los tribunales, realizar un gran número de manifestaciones cívicas...), y por otro lado, en que el uso de esta palabra nunca fue generalizado (Mosse 1990, 54-55). Sin embargo, he optado por utilizar conscientemente este término porque considero que cuando aparece en las fuentes antiguas, *politís* tiene el mismo sentido que le quiero dar yo: como sinónimo de “mujer de un ciudadano”, sin ningún sentido político más allá de ser transmisora potencial de derechos de ciudadanía para sus hijos varones.

⁶⁰ Dem. LVII, 30.

⁶¹ Lo que nos resulta imposible es establecer la proporción de mujeres atenienses que conseguían trabajo remunerado y el grado de dificultad que tenían de encontrarlo (Blundell 1995, 145).

⁶² Me refiero a las mujeres metecas o descendientes de metecos que habían llegado con sus familias. Conocemos poco sobre ellas y desconocemos hasta qué punto el control masculino ejercido sobre ellas era menos riguroso que el de las mujeres atenienses, y si por eso pudo haber un mayor porcentaje de ellas con trabajo fuera de casa (Blundell 1995, 146).

⁶³ Los esclavos a los que sus dueños les daban la libertad tomaban el estatus de meteco (Blundell 1995, 145).

⁶⁴ Frigia es un etnónimo (natural de Frigia) que nos sugiere que alguna de estas vendedoras podían tratarse de libertas extranjeras. No obstante, hay que tomar precauciones a la hora de utilizar los nombres para establecer el estatus de una persona (ver nota 58).

⁶⁵ Sin embargo, en el Museo del Louvre se encuentra una terracota beocia, procedente de Tebas y datada entre el 525 y el 475 a.C., donde se muestra a un grupo de mujeres (seguramente esclavas) amasando o moliendo al son de una flauta. El problema es que no hay nada en esta figura que la ligue a la venta al por menor de pan, y la escena no parece ir más allá que mostrar una escena cotidiana de preparación de alimentos en un *oïkos* pudiente. Por otro lado, Ehrenberg (1962, 126) planteó la posibilidad de que en las tiendas de pan hubiera esclavos realizando la fase del amasado y que por eso llevaban unos collares especiales, *pausikape*, que evitaban que se llevaran trozos de masa a la boca. Las referencias sobre las que Ehrenberg se apoya en principio no vinculan la labor esclava en la elaboración de pan con su venta posterior.

⁶⁶ Hiperides, frag. 205 (trad. J. M. García Ruiz, BCG).

⁶⁷ En torno a los catorce años o quince años. El motivo podía ser la preocupación por la legitimidad de los hijos, la pureza y el buen carácter de la esposa (Sancho Rocher 2012, 188).

⁶⁸ No obstante, Blundell plantea que entre las jóvenes de clases más bajas la vigilancia pudo haber sido mucho menos estricta, si bien la capacidad y las oportunidades de estas jóvenes para evadir la segregación son difíciles de verificar en las fuentes (Blundell 1995, 132).

III.3 Un ideal fracturado: por qué vender pan

Las personas dedicadas a la venta al por menor gozaban de muy mala reputación en el mundo griego. Las razones eran variadas: la dependencia de un cliente que adquiriera sus productos para subsistir, lo que les hacía susceptibles a la codicia, lo que a su vez, desde el punto de vista griego, propiciaba las malas prácticas para obtener mayor ganancia a costa del cliente. La venta al por menor estaba dominada por los hombres; no obstante, la presencia de las mujeres comenzó a crecer considerablemente en la segunda mitad del siglo V a.C.⁶⁹ En general, la necesidad de mantener a sus familias era el principal motivo que impulsaba a las mujeres a vender. Es indudable que la guerra del Peloponeso contribuyó a agudizar las situaciones de necesidad, pero no a crearlas de la nada. No olvidemos que Aristóteles pone el énfasis en la carencia de esclavos, no en circunstancias coyunturales de guerra derivadas de la ausencia del marido⁷⁰.

¿En qué medida las vendedoras alteraban el ideal de mujer griega?

El talante tranquilo y pacífico que se deseaba para una fémica no era muy conciliable con la vendedora. Como sus homólogos masculinos, tendía a abordar al cliente en mitad de la calle intentando, casi con agresividad, persuadirlo de que comprara su mercancía. La *artopolis* parecía proclive a desarrollar la irritabilidad, la agresividad, el exceso... defectos que se consideraban inherentes a la mujer pero que el buen marido conseguía "domesticar"⁷¹. No debemos olvidar que esta aspiración de que las mujeres se quedaran en casa cuidando del hogar, si bien claramente tenía un origen aristocrático, era un ideal compartido por las clases bajas aunque no lo pudieran cumplir⁷². Tampoco podemos olvidar que la ideología también habría calado en las propias mujeres⁷³ y que ellas podrían ser las primeras en aspirar a dedicarse solo a las labores del hogar.

¿Y hasta qué punto la presencia de las vendedoras podía considerarse intrusiva?

Comprar a una mujer o vender a su lado, ¿es posible que incomodase por igual a vendedores y a clientes? Para Harris, la ganancia en la compra (*kérdos*) era el único factor que realmente preocupaba tanto al cliente como al vendedor griego⁷⁴. Basándome en esta reflexión, considero que los ataques individualizados a las vendedoras por razón de su sexo tendrían lugar cuando la ganancia corría peligro: un cliente satisfecho no tendría ningún motivo real para cargar contra la persona que le hubiera vendido, fuera hombre o mujer, libre o no, extranjero o compatriota. Pero si un cliente tenía la impresión de que estaba siendo engañado por la persona que le vendía, rápidamente recurriría a todo el arsenal de prejuicios para denostarlo: su condición de esclavo, y/o de mujer, y/o su origen extranjero... o si ninguna de las circunstancias anteriores se cumplía, recurriría al insulto basándose en

⁶⁹ Herfst 1922, 96.

⁷⁰ Una pregunta que cabría hacerse es si existía alguna relación entre la aparición masiva de vendedoras en el ágora y la emigración del campo al centro urbano por parte de familias campesinas en el contexto de la guerra del Peloponeso. Blundell (1995, 137) supone que las mujeres del campo tenían más libertad de movimiento para salir de casa en el contexto de la campaña. Hasta el 431 a.C. la mayoría de la población ateniense vivía fuera del centro urbano, pero con el inicio de la guerra del Peloponeso hubo un traslado masivo a la ciudad. Así pues, Blundell especula sobre la posible frustración de estas mujeres campesinas viviendo en una ciudad masificada, donde se verían más constreñidas, que iría pareja con la necesidad creciente de que las mujeres salieran a trabajar.

⁷¹ Todos los defectos femeninos sintetizados en Semónides, yambo nº7 (correspondiente al nº8 en la ordenación compilada por F. R. Adrados).

⁷² Schaps, 1981, 62; Blundell 1995, 138.

⁷³ Schaps 1981, 63.

⁷⁴ Según Harris (2002, 76-77), lo que más les preocupaba a los atenienses era el *kérdos*, es decir, el "negocio", la "ganancia" resultante. Cuando buscaba algo que comprar, un ateniense podía mezclarse con esclavos, extranjeros y pobres en el ágora sin prestar mucha atención a la raza, estatus o sexo del comerciante. Todo lo que veía un hombre que entraba en el ágora era el coste de las cosas y nada más (para justificarlo, Harris se apoya en *cf.* Stob. 3.1.9). D'Ercole también concuerda en este sentido que la mala reputación de las vendedoras no se debía a su sexo sino a la actividad mercantil que desempeñaban (D'Ercole 2013, 61).

su calidad misma de vendedor. Porque la clave del menosprecio a las vendedoras se encuentra en el desempeño de la propia actividad comercial, profundamente denostada.

Además, Vanhaegendoren relaciona el trabajo como una actividad privada aunque se desarrollase cara a los demás, mientras que el ocio o descanso es la actividad pública del ciudadano porque era lo que verdaderamente lo ponía en contacto con la comunidad y le permitía desempeñar sus deberes políticos. La razón era que el trabajo solo tenía un propósito: el económico, abastecer a la familia, lo que no beneficiaba al conjunto de la comunidad⁷⁵. El trabajo de las mujeres en el ágora, pese a desarrollarse en el exterior y en el ágora, estaba totalmente desvinculado de la política y por tanto, carecía de interés.

Sabiendo la mala consideración que sufría la figura del comerciante dentro del imaginario griego, ¿por qué había mujeres que escogían la venta como oficio?

La razón se rastrea fácilmente haciendo un rápido repaso de los otros empleos a los que las mujeres tenían acceso: para ser comadrona profesional y curandera se necesitaba experiencia y una serie de conocimientos rudimentarios. En el caso de las artesanas, debían haber adquirido un aprendizaje técnico previo, o bien de sus padres o bien del marido para así ayudar en el negocio familiar. A la hetaera se le exigía un bagaje cultural amplísimo, algo inaccesible para la mayoría de las mujeres griegas (y a todas las atenienses con independencia de su estrato social) que no hubieran sido debidamente educadas desde la infancia en las artes y las letras. Es evidente que la prostitución (*porneia*) no era una alternativa que se tuviera en cuenta antes que el comercio, por muy mal vista que estuviera la venta al por menor y pese a que las vendedoras pudieran ser objeto de sobreentendidos sexuales⁷⁶. Ser trabajadora de alquiler era peor visto que ser vendedora⁷⁷, quizás por el grado de dependencia que suponía trabajar para alguien en vez de por cuenta propia. En el caso de las nodrizas, el desempeño de su labor estaba condicionado o bien a su capacidad de amamantar en el caso de las jóvenes (las “nodrizas de leche”), o bien a su plena disponibilidad en el caso de las “amas secas”, que en su calidad de guardianas y criadoras eran requeridas en todo momento, lo que hacía imposible que este trabajo fuera ejercido por mujeres con niños propios demasiado pequeños.

Así pues, el abanico de trabajos no era muy amplio y la elección podía llevar fácilmente a las mujeres al pequeño comercio, ya que consistía en algo tan básico como trasladar al exterior los productos resultantes de sus labores domésticas. Herfst divide estos productos en tres tipos: los alimentarios, los tejidos y los bienes de lujo y ornamento⁷⁸. Vendían lo que habían producido, y por este motivo era esencial que la panadera dispusiera del instrumental para hacer pan (es decir: mortero, horno, etc.).

III.4 Características del comercio

No disponemos de mucha información veraz sobre los precios de los panes. En *Avispas* de Aristófanes, la vendedora de pan se queja de que le han tirado al suelo panes de cuatro y de diez óbolos, pero como suele resultar típico en la comedia, estos precios son una exageración. No hay más que contrastar estos precios con los dos óbolos que ganaba al día un juez heliasta, o con los tres óbolos que recibían los primeros seis mil ciudadanos que asistieran a la Asamblea⁷⁹, como los tres óbolos al día que solían cobrar los trabajadores no especializados, marineros y soldados⁸⁰, frente a la holgada remuneración de una dracma (seis óbolos) que recibían los trabajadores especializados. Visto así, es difícil imaginarse panes por valor de más de un día (y de hasta tres días) de trabajo.

⁷⁵ Vanhaegendoren 2007, 28.

⁷⁶ D'Ercole 2013, 61.

⁷⁷ Schaps 1981, 69.

⁷⁸ Herfst 1922, 40-47; D'Ercole 2013, 65.

⁷⁹ Este pago se introdujo en el 403 a.C., pero no fue hasta el 393 a.C. cuando el cobro llegó a los tres óbolos por sesión (Möller 2008, 380).

⁸⁰ Estos datos corresponderían al período 409-407 a.C. (Möller 2008, 380).

Los panes debían de tener un precio asequible, lo que también explica la introducción de las mujeres en este oficio ya que por ley las mujeres no podían conducir negocios por más del valor de un *medimno* de grano⁸¹. David Schaps señala que el valor del *medimno* fluctuaba de tres a seis dracmas (es decir, de dieciocho a treinta y seis óbolos), llegando a veces hasta dieciocho dracmas en tiempos de escasez⁸². Aunque no sabemos con seguridad los precios de los panes, parece complicado que, por muchos que vendieran, pudieran alcanzar el monto citado.

Las *madzai*, o tortas de cebada, también se consumían con regularidad, pero no parecen ser producto de venta de las panaderas que sería, principalmente, el pan hecho de trigo⁸³.

Por lo que se percibe en las fuentes, en la Atenas de los siglos V al IV a.C., el pan se vendía tanto en un establecimiento fijo, lo que podríamos denominar “panadería” (*artopolion*), como en venta ambulante. Encontramos estas dos realidades coexistiendo en Aristófanes:

Por un lado, en *Ranas*, se señala la panadería como establecimiento de obligado paso cuando se hace un largo viaje (junto con albergues, fondas y prostíbulos). Este *artopolion* no sería un edificio con entidad propia tal y como entendemos las panaderías en la actualidad, sino que formaría parte de la casa del panadero o panadera. Es posible en estos casos que la venta de pan se tratase del negocio familiar y que, por tanto, los dos esposos se dedicasen al mismo⁸⁴.

Sin embargo, en *Avispas*, tenemos a la vendedora de pan deambulando con una cesta. Este caso es especialmente sugerente: en teoría, los protagonistas que se topan con ella acaban de salir de un simposio y todavía llevan antorchas. Esto nos hace pensar que la fiesta se ha prolongado hasta bien entrada la madrugada y ha coincidido con el momento en que la *artopolis* iba de camino al ágora a vender su mercancía. Esta es la opción más verosímil, aunque también cabe la posibilidad de que la fiesta no haya durado tanto, no sea tan tarde, y la mujer les haya estado esperando a la salida de la casa donde se celebraba la fiesta, informada previamente de que se celebraba un simposio allí, preparada para vender un par de panes a los que emprenden el regreso a casa⁸⁵.

Como punto intermedio entre la venta en un *artopolion* y la ambulante, estaba el vender pan en tenderetes en el ágora. En conjunto, esta modalidad parece más típica. El ágora estaba dividida en secciones diferentes, agrupadas de acuerdo con los productos que vendían y que daban nombre al conjunto: la zona de los pescados, la del queso fresco, la de las ollas, la de los vinos, la de los perfumes... y, por supuesto, la del pan⁸⁶. Los puestos al aire libre donde se vendía el pan debían de ser en general como los demás puestos, construcciones ligeras, hechas con planchas y cubiertas de cañizo. En el mercado cubierto estarían mostradores con estructuras fijas⁸⁷.

⁸¹ Iseo, 10.

⁸² Schaps, 1981: 61.

⁸³ Ver punto siguiente, III.5.

⁸⁴ Mientras que el empleo femenino en Atenas está ligado a una intención (cumplida o no) de temporabilidad, el oficio masculino no. En familias de clase baja o “pobres” gran parte del día a día giraba en torno al negocio que les daba de comer, el oficio del marido. En otros negocios parece claro que la mujer aprendía el oficio del marido al dejar el *oikos* de sus padres y entrar en el del esposo (como es el caso de la doradora de cascos, casada con un fabricante de cascos, las taberneras, zapateras y otras artesanas). Sin embargo, en el caso de la venta de pan, el marido contaba con la ventaja de que no tenía que enseñar nada nuevo a su mujer, dado que la fabricación de pan era una actividad originariamente femenina. Por otro lado, si el esposo fallecía, se explica también que la viuda continuase sola con el negocio.

⁸⁵ Herfst (1922, 42) dice que la hipótesis de Becker de que las vendedoras de pan llevaran los panes a las casas de sus clientes no ha sido confirmada.

⁸⁶ D’Ercole 2013, 67; Herfst 1922, 39; 42.

⁸⁷ Flacelière 1989, 23; 171.

III.5 Ideología del pan de trigo

El pan que se vendía variaba de calidad dependiendo del tipo de harina utilizada. El de Atenas de los siglos V y IV a.C. procedía, principalmente, del comercio del Ponto. Cabe mencionar que hablamos de panes (frecuentemente redondos) de grano de trigo y no de cebada, y en este punto resulta clave entender el papel que jugó el imperialismo ateniense. Sitta von Reden señala que el pan de trigo hasta entonces había sido de difícil acceso, un lujo, muy especialmente para la población rural puesto que la mayor parte del cereal cultivado en Ática era cebada. Si bien es cierto que los atenienses hacían crecer el trigo en pequeñas cantidades, era de una variedad que no era conveniente para hacer pan, porque el trigo panificable no crecía bien en Grecia⁸⁸. Así pues, el trigo, el buen trigo, solo podía ser importado.

A finales del siglo V a.C., con la población y las ocupaciones urbanas expandiéndose, hubo en Atenas una importación masiva de comida y un crecimiento generalizado en los estándares de vida, las actitudes hacia la práctica del consumo del cereal probablemente cambiaron. Von Reden plantea la posibilidad de que un amplio espectro social de atenienses se acostumbrase al pan de alta calidad hecho de trigo importado, un pan que empezó a ser preferido y demandado por encima de las tortas sin levadura hechas de granos locales, que se asociaba con un gusto “pueblerino”⁸⁹. Esta *democratización* del pan de alta calidad va ligada con la idea misma de que comprar la comida en el ágora era un signo de democracia⁹⁰.

No obstante, cabe recordar que la excepcionalidad de la democracia ateniense no fue el hecho de importar grano (práctica común en otras *poleis* grandes) sino la enorme cantidad de trigo que adquiría⁹¹.

III.6 Justicia en el mercado: metrónomos, agoranomos y *sitophylakes*

El mercado era un foco continuo de trifulcas. La predisposición negativa de los antiguos griegos contra las personas dedicadas al comercio al por menor y la creencia generalizada de que intentaban estafar por defecto no contribuía, precisamente, a mantener el orden. No es de extrañar que existiera la figura del agoranomo, un oficial estatal que se encargaba de mantener la concordia en el ágora. Originalmente eran diez agoranomos en total, cinco destinados en el ágora ateniense y otros cinco en el puerto del Pireo⁹². Es posible que, en su calidad de representantes estatales, los agoranomos fueran quienes fijaban los precios máximos de determinados productos controvertidos, si bien, con la excepción de la fijación del precio del grano, el control estatal en los precios de los productos constituía más la excepción que la norma⁹³.

En general, la labor principal de los agoranomos era la recaudación de impuestos del mercado⁹⁴ y la mediación entre vendedores y clientes. Las acusaciones más habituales concernían a los vendedores sospechosos de engañar a sus clientes alterando el precio, la calidad o la cantidad de sus productos. Parece que para esta tarea, los agoranomos contaban con la asistencia de otros magistrados, los metrónomos, quienes controlaban que los pesos y medidas de los vendedores en el ágora estuvieran debidamente estandarizados⁹⁵. Si el arbitraje de los agoranomos se inclinaba a favor del cliente timado, el acusado tenía que pagar una multa.

⁸⁸ Von Reden 2008, 404

⁸⁹ “Rural boorishness” (von Reden 2008, 404).

⁹⁰ Möller (2008,371-372), siguiendo la idea de von Reden, pone como ejemplo a Pericles de quien Plutarco dice (*Per.* 16.4) que vendía toda la producción de sus rentas anuales y compraba lo que necesitaba en el ágora.

⁹¹ Moreno 2007, 309; 315.

⁹² Möller 2008, 373-374 (*Arist. Ath. Pol.* 51. 1.).

⁹³ Möller 2008, 374.

⁹⁴ Aunque tenían otras competencias como la de recaudar los impuestos del mercado, muy especialmente el pago especial que debían sufragar los comerciantes extranjeros (Möller2008, 374).

⁹⁵ [*Arist.*] *Ath. Pol.* 51.2. fija en diez los *metronomoi*: cinco en el Pireo, cinco en la ciudad (Möller 2008, 374).

Por otro lado, también era competencia de los agoranomos el defender a los vendedores frente a los abusos físicos de los clientes⁹⁶.

Además de agoranomos, los vendedores de pan también estaban sujetos a las regulaciones impuestas por los *sitophylakes* o “guardianes del grano”, otro tipo de oficiales que se aseguraban de que el precio al que los molineros vendían la harina concordase con el precio del grano de cebada, y a su vez que los precios de las hogazas de los vendedores de pan concordasen con el precio de la harina⁹⁷. Parece que la manipulación de precios era bastante frecuente, los *sitopolai* o especuladores de grano, eran frecuentemente acusados en los discursos por manipular los precios, o bien excediendo los topes legales por un óbolo, o bien cambiando fraudulentamente el precio en cada venta⁹⁸.

III.7 Clientela

Podemos afirmar casi con total seguridad que la clientela de las vendedoras de pan estaba compuesta exclusivamente por hombres. Siguiendo a Cohen, ya hemos señalado que las mujeres tenían margen de movimiento siempre que tuvieran un propósito legítimo para moverse. Vender para asegurar la subsistencia de la familia era un propósito legítimo. Ir a comprar pan, en mi opinión, no lo era, entre otras cosas, porque uno de sus deberes como mujeres, como ya hemos visto, era precisamente fabricarlo.

Por un lado, los hombres pobres debían de adquirir el pan para sus familias si carecían de medios para hacer pan (horno, mortero o ambos)⁹⁹. Por otro, los ciudadanos “de bien”, que tenían el deber de pasar el día fuera de casa cultivando las relaciones sociales con otros ciudadanos, viendo y siendo vistos por la comunidad en el ágora, epicentro de Atenas, no solo económico, sino también político y social¹⁰⁰, podían querer comer pan a lo largo del largo día. Claro que esta misma circunstancia, la de pasar el día fuera y almorzar era una situación compartida por cualquier hombre que pasara el día en el ágora, ya porque fueran viajeros extranjeros de paso, campesinos que habían acudido a la ciudad, o incluso trabajadores de alquiler¹⁰¹.

IV. Conclusiones

El menosprecio a la vendedora estaba motivado más por el desempeño de la actividad (comercio al por menor) que por su condición de mujer fuera del hogar. Claro que, como mujeres, no estaba bien visto que estuvieran fuera de casa, ya que si el ideal griego de mujer poseía la *sophrosyne* y se le pedía que fuera discreta, casi “invisible” a los ojos de

⁹⁶ Sin ir más lejos, la vendedora de pan en *Avispas* de Aristófanes, al ser agredida e insultada y habiendo perdido parte de la mercancía, declara (vv.1406-1408): “Te denuncio, seas quien seas, ante los inspectores del mercado (*pros tous agoranomous*) por daños a mis mercancías”.

⁹⁷ Originalmente según Pseudo Aristóteles (*Ath. Pol.* 51.3), eran cinco *sitophilakes* para la ciudad de Atenas, cinco para el puerto del Pireo, si bien más tarde, durante los difíciles años de la década del 320 a.C. se incrementó a veinte en la ciudad y quince en el puerto (Möller 2008, 374).

⁹⁸ Möller 2008, 382.

⁹⁹ En el mundo romano, la opción de los habitantes de las *insulae* de adquirir el pan ya hecho o la harina de los distintos molinos era lo más habitual (Peinado Espinosa 2011, 285). Desde finales del siglo V y con más seguridad en el s. IV a.C., fueron apareciendo en Atenas los “bloques de casas” o viviendas colectivas, las *sinoikía* mencionadas por Esquines (Flacelière 1989, 33).

¹⁰⁰ Por supuesto, no todos los hombres disponían de tiempo para comprar. La compra como actividad lúdica y social sería realizada por hombres que tenían posibilidad de hacerla porque no trabajaban; esto sería posible solo porque otras personas a su cargo estarían procurando su subsistencia. Estas personas bien podían ser esclavos o esclavas, o miembros libres de su familia (mujer, hijos, hijas). Todo dependería del nivel adquisitivo familiar.

¹⁰¹ Los campesinos del Ática también acudían como compradores y vendedores a la vez, y en la época de grandes festivales religiosos, muchos extranjeros procedentes de las ciudades griegas tributarias de Atenas también irían (Flacelière, 1989: 24).

los hombres, esto *a priori* no concordaría bien con este oficio que requería muchas veces avasallar al cliente en mitad de la calle.

Las vendedoras de pan procedían de familias pobres, eran libres (ciudadanas, metecas o libertas) y mayoritariamente casadas (o viudas). Sin duda ellas mismas habían producido el pan que vendían. Esto parece sintomático del comercio al por menor en general, pero en el caso específico de la venta de pan, la posesión de un mortero parece indispensable a la hora de identificar al panadero y a la panadera, lo cual nos lleva a pensar que en general las vendedoras de pan llevaban a cabo las cuatro fases de fabricación de pan ya mencionadas (moler, cribar, amasar, hornear). En principio, parece que la harina ya preparada o el trigo molido no estaban destinados para la venta de pan.

Los principales compradores de pan eran hombres pobres de escasos recursos que lo compraban para alimentar a sus familias ya que no poseían los medios para elaborar el pan (horno o mortero). Los hombres ricos no compraban pan para sus familias puesto que en casa disponían de los materiales necesarios y de mano de obra esclava, suficiente para que la esposa gestionase la producción de pan para consumo interno. Sin embargo, los ciudadanos acomodados que podían permitirse pasar el día en el ágora comerían presumiblemente fuera de casa y adquirirían pan en alguna de estas tiendas, del mismo modo que podrían hacer los viajeros de paso (extranjeros o campesinos en la ciudad) o los trabajadores de alquiler.

A raíz de la guerra del Peloponeso, el número de vendedoras en Atenas debió de aumentar de forma considerable en comparación con el tiempo de paz precedente, si bien ya debían de estar presentes desde mediados del s. V a.C. La falta de medios de subsistencia familiar y de mano de obra esclava era lo que empujaba a las mujeres de la casa a trabajar. La ausencia o muerte del marido era un importante acicate, pero no el único.

El ideal de la mujer en casa se fracturaba con la presencia de las mujeres en el ágora, pero desde luego no suponía una ruptura del sistema ni una alteración del *statu quo*. La segregación por sexos era un ideal que solo los ricos podían cumplir.

V. Bibliografía

V.1. Fuentes

- Aristophanis Fabulae. Tomus I, Acharnenses; Equites; Nubes; Vespae; Pax; Aves*, Guy Wilson, N. (trans.), Oxford, Typographeo Clarendoniano, 2007.
- Aristophanis Fabulae. Tomus II, Lysistrata; Thesmophoriazusae; Ranae; Ecclesia zusa; Plutus*, Guy Wilson, N. (trans.), Oxford, E Typographeo Clarendoniano, 2007.
- Aristotle in twenty-three Volumes. Vol. 21. Politics*, Rackham, H. (trans.), Cambridge, Harvard University Press, 1990.
- Demosthenes. VI, Private Orations: L-LVIII; In Naeram: LIX*, Murray, A.T. (trans.), Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- Hypéride. Discours*, Colin, G. (trans.), Paris, Les Belles Letres, 1968.
- Isaeus*, Seymour Forster, M.A.E. (trans.), Cambridge, Harvard University Press, 1983.
- Líricos Griegos. Elegíacos y Yambógrafos Arcaicos, (Siglos VII-V a.C.) Vol. 1*, Adrados, F.R. (trans.), Madrid, Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos del CSIC, 1981.
- Xenophon. Memorabilia, Oeconomicus, Symposium, Apology*, Marchant E.C. and Todd, O.J. (trans.), Cambridge, Harvard University Press, 2013.

V.2. Bibliografía

- Blundell, S. (1995): *Women in Ancient Greece*, London, Harvard University Press.
- Burford, A. (1998): "11. Trades and Crafts", en Sparkes, B.A. (ed.), *Greek Civilization. An Introduction*, Oxford, Blackwell Publishers, 186-200.

- Cantarella, E. (1991): *La Calamidad Ambigua. Condición e Imagen de la Mujer en la Antigüedad Griega y Romana*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- Clark, G. (1989): *Women in Ancient World, New Surveys in the Classics*, Oxford, Oxford University Press.
- Cohen, D. (1989): "Seclusion, Separation, and the Status of Women in Classical Athens", *G&R*, 36:1, 3-15.
- D'Ercole, M.C. (2013): "Marchands et marchandes dans la société grecque classique", en *Des femmes en action. L'individu et la fonction en Grèce Antique*, Paris-Athènes, Éditions l'EHESS.
- Ehrenberg, V. (1962): *The People of Aristophanes. A Sociology of Old Attic Comedy*, New York, Schocken Books.
- Flacelière, R. (1989): *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Madrid, Temas de Hoy.
- Gager, J.G. (1999): *Curse Tablets and Binding Spells from the Ancient World*, New York, Oxford University Press.
- Hansen, M. H. (2006): *The Shotgun Method, The Demography of the Ancient Greek City-State Culture*, Columbia and London, University of Missouri Press.
- Harris, E. M. (2002): "Workshop, Marketplace and Household, the Nature of Technical Specialization in Classical Athens and its Influence on Economy and Society", en Cartledge, P., Cohen, E.E. y Foxhall, L. (eds.), *Money, Labour and Land. Approaches to the Economies of Ancient Greece*, London-New York, Routledge Taylor & Francis Group, 67-99.
- Herfst, P. (1922): *Le Travail de la Femme dans la Grèce Ancienne*, New York, Arno Press.
- López Jimeno, A. (2001): *Textos Griegos de Maleficio*, Madrid, Akal.
- Mirón Pérez, M.D. (2005): "La desmesura femenina, o por qué es tan importante el autocontrol para una mujer griega", en Pedregal Rodríguez, A. y González González, M. (eds.), *Venus sin Espejo. Imágenes de Mujeres en la Antigüedad Clásica y el Cristianismo Primitivo*, Oviedo, KRK Ediciones, 83-101.
- _____ (2007): "Los trabajos de las mujeres y la economía de las unidades domésticas en la Grecia Clásica", *Complutum* 18, 271-280.
- Möller, A. (2008): "Classical Greece: Distribution", en Scheidel, W., Morris, I. y Saller, R. (eds.), *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, Cambridge University Press, 362-384.
- Moreno, A. (2007): *Feeding the Democracy. The Athenian Grain Supply in the Fifth and Fourth Centuries BC.*, Oxford, Oxford University Press.
- Mossé, C. (1990): *La mujer en la Grecia Clásica*, Madrid, Nerea.
- Peinado Espinosa, M.V. (2011): "Mortaria Baeticae. La producción de morteros en la Bética durante el Alto Imperio", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 21, 283-302.
- Pomeroy, S. B. (1987): *Diosas, Rameras, Esposas y Esclavas*, Madrid, Akal.
- Ridgway, B. (1987): "Ancient Greek women and Art: the material evidence", *AJA* 91, 399-409.
- Rosivach, V. (1991): "Some Athenian Presuppositions about 'the Poor'", *G&R* 38:2, 189-198.
- Sancho Rocher, L. (2012): "Teknopoiía. Estrategias de natalidad en las ciudades griegas de época clásica" en Justel Vicente, D. (ed.), *Niños en la Antigüedad. Estudios sobre la Infancia en el Mediterráneo Antiguo*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 163-197.
- Schaps, D.M. (1981): "5. Exchange and Disposition", *Economic Rights of Women in Ancient Greece*, Edinburgh University Press, 61-73.
- Sparkes, B.A. (1981): "Not cooking but baking", *G&R* 38:2, Oxford, Clarendon Press, 172-178.
- _____ (1998): "13. Crafts in the Private Sphere", en Sparkes, B.A. (ed.) *Greek Civilization. An Introduction*, Oxford, Blackwell Publishers, 216-231.

- Thurston Peck, H. (1965): *Harper's Dictionary of Classical Literature and Antiquities*, New York, Cooper Square Publishers, Inc. [1896], v. "pistor", 1268-1269.
- Vanhaegendoren, K. (2007): "Travail et loisir en Grèce ancienne: à propos de la complémentarité des activités du citoyen", *Ancient Society* 37, 1-35.
- Vlassopoulos, K. (2010), "Athenian Slave Names and Athenian Social History", *ZPE* 175, 113-144.
- Von Reden, S. (2008): "Classical Greece: Consumption", en W. Scheidel, I. Morris, R. Saller, *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, Cambridge University Press, 385-406.
- Winter, F. (1903): *Die Antiken Terrakotten. Band III. Die Typen der Figürlichen Terrakotten*, Berlin, Spemann.